

PSICOANÁLISIS, POLÍTICA Y LAZO SOCIAL¹

Adriana Hercman

“Por el psicoanálisis, el analizante descubre que su existencia se anota como deseo y que, por lo tanto, para existir hace falta decirlo. Es aquí donde se cruzan la política del sujeto y el sujeto de la política.”

En la Escuela Freudiana de la Argentina elegimos convocar a este encuentro con las palabras propuestas por Úrsula Kirsch. Ellas destacan la dimensión política del psicoanálisis que se distingue por convocar a la existencia del sujeto a través del decir haciendo así objeción a toda política que no lea en el sufrimiento subjetivo una cifra de existencia.

Los analistas nos convocamos hoy para hablar de política y de lazo social. Sostenemos con Lacan que los lazos sociales se fundan en lo que denominó discursos y que el discurso del psicoanálisis, el último de los cuatro en llegar, funda un nuevo lazo social determinado por una práctica cuya legalidad es otra que la que rige los lazos de comunidad o de intersubjetividad. Dice Lacan en *La tercera*: “*El psicoanálisis, socialmente, tiene una consistencia distinta de los demás discursos. Es un lazo de a dos. En tanto tal, está en el lugar de la falta de relación sexual*” ... “*...está ligado a la verdad que hace estructura de todo discurso*”²

¹ Presentación en el Encuentro de trabajo en el marco de Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano, en julio de 2013. Actividad organizada por la Escuela Freudiana de la Argentina conjuntamente con la Escuela Freudiana de Buenos Aires, Trieb, Institución Psicoanalítica de Tucumán, Mayéutica, Institución psicoanalítica y Escuela Freud-Lacan La Plata.

² *La Tercera*, Ed. Manantial, 1988.

En “El envés del psicoanálisis”, encontramos al discurso analítico ubicado junto a los otros discursos, lo que por sí solo implica un verdadero desafío político porque entonces no se lo puede considerar como una región de saber separada o un “discurso aparte” sino que a partir de allí queda consagrado a pensarse siempre en relación a los otros discursos en una relación a la vez estructural y sincrónica.

La razón freudiana revela lo que el pensamiento corriente □ conforme al cogito cartesiano- enmascara, y es en la medida en que el discurso analítico se define como el envés del discurso del amo que podemos conjeturar que hay épocas que dan más lugar que otras a la existencia de tal reversión. Freud en su hora objetó la posición de Rank³, quien bajo los efectos del sueño americano, proponía acompañar el *tempo* de la práctica analítica al “*time is money*” del próspero capitalismo de posguerra, esgrimiendo para ello las razones de este nuevo discurso que propone una conversión ética radical dando el tiempo para que alguien —al confrontarse con la satisfacción paradójal que implica su sufrimiento—, pueda llegar a hacerse sujeto tanto de lo que dice como del acto mismo del decir.

La nuestra es una época que se rige por una política de mercado regido por la ley de la libre empresa cuyo máximo valor es la circulación de bienes y personas. Política de mercado que toma al hablante como indiviso, un *Uno*, y —llevándolo al rango de lo conmensurable y lo sustituible propio del objeto industrializado— lo coloca en el lugar de objeto de consumo, a la par que promueve métodos como la evaluación y los protocolos, útiles maniobras con las que opera la sutil transformación de los seres hablantes en cosas.

Ahora bien, ni el psicoanálisis es un discurso aparte ni los analistas somos excepción. Se nos impone, como hablantes sujetos al discurso analítico y a la vez inmersos en la modalidad discursiva actual, interrogar las posibilidades de supervivencia de este nuevo lazo social y de su sujeto bajo las actuales formas de producción científico— técnicas propias del capitalismo de nuestros días.

J. C. Milner en sus breves tratados de política⁴, nos recuerda que hablar es política, fórmula a la que Anabel Salafia propone destacar su dimensión temporal al decir “hablar ya es política”. La política es asunto de los seres

³ Freud, S.: *Análisis terminable e interminable*, Ed. Amorortu, Tomo XXIII, 1980.

⁴ Milner, Jean Claude: *La política de las cosas*, Miguel Gomez Ediciones, colección Ytaca y Milner, Jean Claude: *Por una política de los seres hablantes*, Breve tratado político 2, Ed. Grama, 2013.

hablantes pero también es una política callar y hacer callar: la que conduce al gobierno de las cosas, rompiendo los lazos del ser hablante con el no saber y con la palabra y dispensándolo así del decir y con ello de toda política. Política de las cosas que –partidaria de que el Otro existe, se dedica a taponar el “agujero en el Otro”. Se trata de una política defensora de la fe, tal como definiera Lacan a la perversión en el ’69⁵.

El psicoanálisis le hace la contra a esa lógica perversa restableciendo la dimensión política de los seres hablantes. Su política se sitúa precisamente en el revés de la muda tranquilidad de los cuerpos– cosa. Si el discurso capitalista forcluye la castración⁶ –la imposibilidad de saberlo todo, de decirlo todo, de no morir– ésta retorna bajo la forma del discurso analítico que sostiene que la castración es la verdad de la que el sujeto es incurable y que su existencia como sujeto dependerá de su modo singular de articular la exigencia de la pulsión a un discurso con el que establece lazo social y que solo se aprehende en el decir.

Inmersos en esta lógica de mercado propia del actual discurso capitalista, es muy difícil transmitir a quien no haya pasado por la experiencia de un análisis que el psicoanálisis no se ocupa de la persona ni del individuo sino del sujeto dividido –el mismo que surge con el advenimiento de la ciencia moderna–, sujeto afectado por un saber no sabido que se cifra en un síntoma. El síntoma, aquello que se presenta como lo inútil, que en apariencia no sirve para nada, que genera sufrimiento, se sitúa en el orden del despilfarro y condiciona la supuesta armonía de las relaciones humanas es –al mismo tiempo– lo que cifra la existencia de sujeto: el síntoma es montaje de saber no sabido y sólo el desciframiento de la letra que lo sostiene, la lectura de la articulación de ese saber que se hace sensible como verdad, podrá–aunque de manera siempre inacabada– liberar al sujeto del goce que implica encarnar esa verdad.

Recalco lo que ya fue dicho otras veces: no se trata de una posición de reivindicación ni de denuncia, sino de la posibilidad que tenemos los analistas de –como sostiene Norberto Ferreyra en *La práctica del análisis*⁷– constatar el estado de cosas en esta actualidad discursiva, detectar y analizar el modo en que el sujeto queda tomado por las condiciones de ese discurso y los efectos que se verifican de ello en el lazo social.

⁵ Lacan, J.: Seminario XVI, De un Otro al otro, Ed. Paidós.

⁶ Lacan, J.: *El saber del psicoanalista*. Charlas de Jacques Lacan en Sta Anne 1971-1972.

⁷ Ferreyra, N: *La práctica del análisis*, Colección Variaciones, Ed. Kliné, 2013.

Cuando las políticas de gobierno promueven prácticas asistenciales que reducen el sujeto a una cifra y anulan su singularidad proponiendo un supuesto trato igualitario, es una decisión ética de los analistas estar del lado de la política que lleva al decir y decir que no a ser un funcionario más de la política de las cosas. Es por eso que considero de suma importancia la marca diferencial que puede producir el hecho de que haya analistas que participen del campo de la salud pública o mental, porque ello nos brinda una oportunidad para realizar una práctica clínica sostenida en la suposición de un sujeto, en la convicción del inconsciente. La política del analista será –sea donde sea que desarrolle su práctica– hacerle la contra a la política perversa objetando todo intento de enmudecer el síntoma con maniobras que lo alimentan de sentido –como proponen las psicoterapias–, todo intento de suprimirlo con estrategias de modificación de conducta –como proponen las terapéuticas conductuales– y la administración de drogas legales que lo silencien, como proponen las neurociencias.

El psicoanálisis no se pliega al discurso del mercado y su promoción del sujeto a su estatuto de objeto resto del valor de cambio. Opone a ello la oferta de un dispositivo donde alojar el goce singular del ser hablante y - por la vía del lazo social que le es propio-, su política será la de restablecer la relación del sujeto con su no saber y con la palabra, colaborando a que la política recupere su dignidad y permitiendo que la modalidad de goce que el síntoma produce pueda ser reinventada poniendo lo inútil del goce al servicio del deseo.

Por el análisis, el sujeto podrá anoticiarse de que si resulta tomado por la modalidad discursiva del mercado es porque en él mismo anidan las condiciones de su posibilidad: una sumisión voluntaria a un amo despótico y a un goce sin ley. Podrá encontrarse con que hablar se hace necesario, aceptar la sustracción de goce que se produce por articularse a un discurso, reconocer su verdad en la división que marcó su entrada en el lenguaje y en la falta de falta, la señal amenazante de su inexistencia.

No es una política que apunte a ningún “todos” –tal aspiración del psicoanálisis a incidir en la lógica colectiva es no sólo pretenciosa sino también contradictoria en su fundamento. No apunta a ningún “todos” así como tampoco apunta sólo a “algunos” sino a cualquiera que esté dispuesto a saber sobre las consecuencias que hablar, y por lo tanto callar, tienen para su vida.